



## CANTO XIV

Llega Francisco de Villagrán de noche sobre el fuerte de los enemigos sin ser dellos sentido; da al amanecer súbito en ellos, y á la primera refriega muere Lautaro. Trábase la batalla con harta sangre de una parte y de otra.

¿Cuál será aquella lengua desmandada  
Que á ofender las mujeres ya se atreva,  
Pues vemos que es pasión averiguada  
La que á bajeza tal y error las lleva;  
Si una bárbara moza no obligada  
Hace de puro amor tan alta prueba,  
Con razones y lágrimas salidas  
De las vivas entrañas encendidas?

Que ni la confianza ni el seguro  
De su amigo le daba algun consuelo,  
Ni el fuerte sitio, ni el fosado muro  
Le basta asegurar de su recelo;  
Que el gran temor nacido de amor puro  
Todo lo allana y pone por el suelo;  
Solo halla el reparo de su suerte  
En el mismo peligro de la muerte.

Asi los dos unidos corazones  
Conformes en amor desconformaban,  
Y dando dello allí demostraciones  
Mas el dulce veneno alimentaban.  
Los soldados en torno los tizonas,  
Ya de hablar cansados reposaban,  
Teniendo centinelas, como digo,  
Y el cerro á las espaldas por abrigo.

Villagrán con silencio y paso presto  
Había el áspero monte atravesado,  
No sin grave trabajo, que sin esto  
Hacer mucha labor es escusado:  
Llegado junto al fuerte, en un buen puesto,  
Viendo que el cielo estaba aun estrellado  
Paró, esperando el claro y nuevo día  
Que ya por el oriente descubría.

De ninguno fué visto ni sentido:  
La causa era la noche ser oscura,  
Y haber las centinelas desmentido,  
Por parte descuidada por segura;  
Caballo no relincha ni hay ruido,  
Que está ya de su parte la ventura:  
Esta hace las bestias avisadas,  
Y á las personas bestias descuidadas.

Cuando ya las tinieblas y aire oscuro  
Con la esperada luz se adelgazaban,  
Las centinelas puestas por el muro  
Al nuevo día de lejos saludaban;  
Y pensando tener campo seguro  
También á descansar se retiraban,  
Quedando mudo el fuerte, y los soldados  
En vino y dulce sueño sepultados.

Era llegada al mundo aquella hora  
Que la oscura tiniebla, no pudiendo  
Sufrir la clara vista de la aurora,  
Se va en el ocidente retrayendo:  
Cuando la mustia elicie se mejora  
El rostro al rojo oriente revolviendo,  
Mirando tras las sombras ir la estrella,  
Y al rubio Apolo délfico tras ella.

El español que ve tiempo oportuno  
Se acerca poco á poco mas al fuerte,  
Sin estorbo de bárbaro ninguno,  
Que sordos los tenia su triste suerte;  
Bien descuidado duerme cada uno  
De la cercana inexorable muerte:  
Cierta señal que cerca della estamos,  
Cuando mas apartados nos juzgamos.

No esperaron los nuestros mas, pues viendo  
Ser ya tiempo de darles el asalto,  
De súbito levantan un estruendo  
Con soberbio alarido, horrendo y alto;  
Y en tropel ordenado arremetiendo  
Al fuerte van á dar de sobresalto,  
Al fuerte mas de sueño bastecido  
Que al presente peligro apercebido.

Como los malhechores que en su oficio  
Jamás pueden hallar parte segura,  
Por ser la condicion propia del vicio  
Temer cualquier fortuna y desventura;  
Que no sienten tan presto algun bullicio  
Cuando el castigo y mal se les figura,  
Y corren á las armas y defensa,  
Segun que cada cual valerse piensa:

Así medio dormidos y despiertos  
Saltan los araucanos alterados,  
Y del peligro y sobresalto ciertos  
Baten toldos y ranchos levantados;  
Por verse de corazas descubiertos,  
No dejan de mostrar pechos airados,  
Mas con presteza y ánimo seguro  
Acuden al reparo de su muro.

Sacudiendo el pesado y torpe sueño  
Y cobrando la furia acostumbrada,  
Quién el arco arrebató, quién un leño,  
Quién del fuego un tizon, y quién la espada;  
Quién aguija al baston de ajeno dueño,  
Quién por salir mas presto va sin nada,  
Pensando averiguarlo desarmados,  
Si no pueden á puños, á bocados.

Lautaro á la sazón, segun se entiende,  
Con la gentil Guacolda razonaba,  
Asegúrala, esfuerza y reprehende  
De la desconfianza que mostraba:  
Ella razon no admite y mas se ofende,  
Que aquello mayor pena le causaba;  
Rompiendo el tierno punto en sus amores  
El duro son de trompas y atambores.

Mas no salta con tanta lijereza  
El misero avariento enriquecido,  
Que siempre está pensando en su riqueza,  
Si siente de ladrón algun ruido;  
Ni madre así acudió con tal presteza  
Al grito de su hijo muy querido,  
Temiéndole de alguna bestia fiera:  
Como Lautaro al son y voz primera.

Revuelto el manto al brazo, en el instante  
Con un desnudo estoque, y él desnudo  
Corre á la puerta el bárbaro arrogante,  
Que armarse así tan súbito no pudo.  
¡Oh pérfida fortuna, oh inconstante,  
Cómo llevas tu fin por punto crudo,  
Que el bien de tantos años en un punto  
De un golpe le arrebatas todo junto!

Cuatrocientos amigos comarcanos  
Por un lado la fuerza acometieron,  
Que en ayuda y favor de los cristianos  
Con sus pintados arcos acudieron,  
Que con estrema fuerza y prestas manos  
Gran número de tiros despidieron.  
Del toldo el hijo de Pillán salía,  
Y una flecha á buscarle que venía.

Por el siniestro lado ¡oh dura suerte!  
Rompe la cruda punta, y tan derecho  
Que pasa el corazón mas bravo y fuerte  
Que jamás se encerró en humano pecho:  
De tal tiro quedó ufana la muerte  
Viendo de un solo golpe tan gran hecho,  
Y usurpando la gloria al homicida  
Se atribuye á la muerte esta herida.

Tanto rigor la aguda flecha trujo  
Que el bárbaro tendió sobre la arena,  
Abriendo puerta á un abundante flujo  
De negra sangre por copiosa vena;  
Del rostro la color se le retrujo,  
Los ojos tuerce, y con rabiosa pena  
La alma del mortal cuerpo desatada  
Bajó furiosa á la infernal morada.

Ganan los nuestros foso y baluarte,  
Que nadie los impide ni embaraza,  
Y así por veinte lados la mas parte,  
Pisaba de la fuerza ya la plaza;  
Los bárbaros con ánimo y sin arte,  
Sin celada ni escudo, y sin coraza,  
Comienzan la batalla peligrosa,  
Cruda, fiera, reñida y sanguinosa.

En oyendo los indios extranjeros  
Que con Lautaro estaban recogidos  
El súbito rumor, salen lijeros,  
Del miedo y sobresalto apercebidos;  
Mas sintiendo los golpes carniceros,  
El ánimo turbado y los sentidos,  
Las atentas orejas acechaban  
Adonde con menor rigor sonaban.

Como tímidos gamos que el ruido  
Sienten del cazador, y atentamente  
Altos los cuellos tienden el oído  
Acia la parte que el rumor se siente  
Y el balar de la gama conocido,  
Que apedazan los perros y la gente,  
Con furioso tropel toman la vía  
Que mas de aquel peligro se desvía:

La baja y vil canalla, acostumbrada  
A rendirse al temor de aquella suerte,  
Por ciega senda, inculta y desusada  
Rompe el camino y desampara el fuerte  
Acá y allá corriendo derramada;  
Y era tan grande el miedo de la muerte,  
Que al mas valiente y bravo se le antoja  
Ver un fiero español tras cada hoja.

Pero aquellos que nunca el miedo pudo  
Hacerlos con peligros de su bando,  
Poniendo osado pecho por escudo  
Están la antigua riña averiguando:  
La desnuda cabeza del agudo  
Cuchillo no se ve estar rehusando,  
Ni rehusa la espada la siniestra  
Ejercitando el uso de la diestra.

Que el joven Corpillán, no desmayado  
Porque su espada y mano vino á tierra,  
Antes en ira súbita abrasado;  
Contra la parte del contrario cierra,  
Y habiendo ya la espada recobrado  
La diestra, que aun bullendo el puño afierra,  
Lejos con gran desdén y furia lanza  
Ofreciendo la izquierda á la venganza.

Flaqueza en Millapol no fué sentida  
Viéndose atravesado por la ijada,  
Y la cabeza de un revés hendida,  
Ni por pasalle el pecho una lanzada:  
Que de espumosa sangre á la salida  
Vino la media lanza acompañada,  
Dejando aquel lugar della vacío,  
Aunque lleno de rabia y nuevo brio.

Que á dos manos la maza aprieta fuerte,  
Y con furia mayor la gobernaba;  
Bien se puede llamar de triste suerte  
Aquel que el fiero bárbaro alcanzaba:  
Con la rabia postrera de la muerte  
Una vez el ferrado leño alzaba;  
Mas faltóle la vida en aquel punto  
Cayendo cuerpo y maza todo junto.

Aunque la muerte en medio del camino  
Le quebrantó el furor con que venia,  
Un valiente español á tierra vino  
Del peso y movimiento que traía;  
Mas luego puesto en pié con desatino  
Acia el lugar del dañador volvia,  
Y viendo el cuerpo muerto dar en tierra  
Pensando que era vivo con él cierra.

Y encima del cadáver arrojado,  
De dar la muerte al muerto deseoso,  
Recio por uno y por el otro lado  
Hiere y ofende el cuerpo sanguinoso,  
Hasta tanto que ya desalentado  
Se firma recatado y sospechoso,  
Y vió á aquel que aferrado así tenia  
Vuelos los ojos y la cara fria.

Traía la espada en esto Diego Cano  
Tinta de sangre, y con Pícol se junta;  
Haciendo atrás la rigurosa mano  
El pecho le barrena de una punta:  
Turbado de la muerte el araucano  
Cayó en tierra la cara ya difunta,  
Bascoso revolviéndose en el lodo  
Hasta que la alma despidió del todo.

De dos golpes Hernando de Alvarado  
Dió con el suelto Talco en tierra muerto;  
Pero fué mal herido por un lado  
Del gallardo Guacoldo en descubierto:  
Estuvo el español algo atronado;  
Mas del atronamiento ya dispierto,  
Corriendo al fuerte bárbaro derecho  
La espada le escondió dentro del pecho.

El viejo Villagrán con la sangrienta  
Espada por los bárbaros rompiendo  
Mata, hiere, tropella y atormenta,  
A tiempo á todas partes revolviendo:  
Un golpe á Nico en la cabeza asienta,  
El cual los turbios ojos revolviendo  
A tierra vino muerto, y de otro á Polo  
Le deja con el brazo izquierdo solo.

Usadas las espadas al acero,  
Topando la desnuda carne blanda  
Ayudadas de un impetu lijero,  
Dan con piernas y brazos á la banda:  
No rehusa el segundo ser primero,  
Antes todos siguiendo una demanda,  
Como olas que creciendo van, crecian,  
Y á la muerte animosos se ofrecian.

La gente una con otra así se cierra  
Que aun no daban lugar á las espadas;  
Apenas los mortales van á tierra  
Cuando estaban sus plazas ocupadas:  
Unos por cima de otros se dan guerra,  
Enhiestas las personas y empinadas,  
Y de modo á las veces se apretaban  
Que á meter por la espada se ayudaban.

Las armas con tal rabia y fuerza esgrimen,  
Que los mas de los golpes son mortales,  
Y los que no lo son así se imprimen  
Que dejan para siempre las señales:  
Todos al descargar los brazos gimen;  
Mas salen los efectos desiguales,  
Que los unos topaban duro acero,  
Los otros el desnudo y blando cuero.

Como parten la carne en los tajones  
Con los corvos cuchillos carniceros,  
Y cual de fuerte hierro los planchones  
Baten en dura yunque los herreros:  
Así en la diferencia de los sones  
Que forman con sus golpes los guerreros,  
Quién la carne y los huesos quebrantando,  
Quién templados arneses abollando.

Pues Juan de Villagrán firme en la silla  
Contra Guarcondo á toda furia parte,  
Y la lanza le echó por la tetilla  
Con una braza de asta á la otra parte:  
El bárbaro, la cara ya amarilla,  
Se arrima desmayado al baliarte;  
Dando en el suelo súbita caída  
El alma vomitó por la herida.

Pero Rengo su hermano, que en el suelo  
El cuerpo vió caer descolorido,  
Cuajósele la sangre, y hecho un hielo  
Del súbito dolor perdió el sentido;  
Mas vuelto en sí, se vuelve contra el cielo  
Blasfemando el soberbio y descreído;  
Y el ñudoso baston alzando en alto,  
A Juan de Villagrán llegó de un salto.

Mas antes Pon con una flecha presta  
Hirió al caballo en medio de la frente;  
Empinase el caballo, el cuello enhiesta,  
Al freno y á la espuela inobediente;  
Y entre los brazos la cabeza puesta  
Sacude el lomo y piernas impaciente:  
Rendido Villagrán al duro hado,  
Desocupó el arzon y ocupó el prado.

Apenas en el suelo habia caído,  
Cuando la presta maza descendia  
Con una estraña fuerza y un ruido  
Que rayo ó terremoto parecia:  
Del golpe el español quedó adormido,  
Y el bárbaro con otro revolvía,  
Bajando á la cabeza de manera  
Que sesos, ojos y alma le echó fuera.

Y con venganza tal no satisfecho  
Del caso desastrado del hermano,  
Antes con nueva rabia y mas despecho  
Hiere de tal manera á Diego Cano,  
Que la barba inclinada sobre el pecho  
Se le cayó la rienda de la mano,  
Y sin ningun sentido casi frio  
El caballo lo lleva á su albedrío.

En medio de la turba embravecido  
Esgrime en torno la ferrada maza:  
A cuál deja contrechó, á cuál tullido,  
Cuál el pescuezo del caballo abraza;  
Quién se tiende en las ancas aturdido,  
Quién forzado el arzon desembaraza:  
Que todo á su pujanza y furia insana  
Se le bate, derriba y se le allana.

Por partes mas de diez le iba manando  
La sangre, de la cual cubierto andaba;  
Pero no desfallece, antes bramando  
Con mas fuerza y rigor los golpes daba:  
Lijero corre acá y allá saltando;  
Arneses y celadas abollaba;  
Hunde las altas crestas, rompe sesos,  
Muele los nervios, carne y duros huesos.

En esto un gran rumor iba creciendo  
De espadas, lanzas, grita y vocería,  
Al cual confusamente no sabiendo  
La causa mucha gente allí acudia;  
Y era un gallardo mozo que, esgrimiendo  
Un fornido cuchillo discurría  
Por medio de las bárbaras espadas,  
Haciendo en armas cosas estremadas.

Venia el valiente mozo belicoso  
De una furia diabólica movido,  
El rostro fiero, sucio y polvoroso,  
Lleno de sangre y de sudor teñido:  
Como el potente Marte sanguinoso,  
Cuando de furor bélico encendido  
Bate el ferrado escudo de Vulcano,  
Blandiendo la asta en la derecha mano.

Con un diestro y prestisimo gobierno  
El pesado cuchillo rodeaba,  
Y á Cron, como si fuera junco tierno,  
En dos partes de un golpe lo tajaba;  
Tras este al diestro Pon envia al infierno,  
Y tras de Pon á Lauco despachaba;  
No hallando defensa en armadura,  
Descuartiza, desmiembra, y desfigura.

Llamábase este Andrea, que en grandeza  
Y proporcion de cuerpo era gigante,  
De estirpe humilde, y su naturaleza  
Era arriba de Génova al levante;  
Pues con aquella fuerza y lijereza,  
A los robustos miembros semejante,  
El gran cuchillo esgrime de tal suerte  
Que á todos los que alcanza da la muerte.

De un tiro á Guaticol por la cintura  
Le divide en dos trozos en la arena,  
Y de otro al desdichado Quilacura  
Limpio el derecho muslo le cercena;  
Pues de golpes así desta hechura  
La gran plaza de muertos deja llena:  
Que su espada á ninguno allí perdona,  
Y unos cuerpos sobre otros amontona.

Y como dos mastines rodeados  
De gozques importunos, que en llegando  
A verse con los cerros erizados  
Se van el uno al otro regañando:  
Así los dos guerreros señalados,  
Las inhumanas armas levantando,  
Se vienen á herir; pero el combate  
Quiero que al otro canto se dilate.



A Colca de los hombros arrebatada  
La cabeza de un tajo, y luego tiende  
La espada acia Maulén, señor de Itata,  
Y de alto á bajo de un revés le hiende:  
Lanzas, hachas y mazas desbarata,  
Que todo el pueblo bárbaro le ofende,  
Llevando muchos tiros enclavados  
En los pechos, espaldas y en los lados.

Como la osa valiente perseguida  
Cuando le van monteros dando caza,  
Que con rabia, sintiéndose herida,  
Los fiudosos venablos despedaza,  
Y furiosa, impaciente, embravecida,  
La senda y callejon desembaraza,  
Que los heridos perros lastimados  
Le dan ancho lugar escarmentados:

De la misma manera el fiero Andrea  
Cercado de los bárbaros venia;  
Pero de tal manera se rodea  
Que gran camino con la espada abria;  
Crece el hervor, la grita y la pelea  
Tanto que la mas gente allí acudia:  
Hé aquí á Rengo también ensangrentado,  
Que llega á la sazón por aquel lado.



## CANTO XV

En este quinceno y último canto se acaba la batalla, en la cual fueron muertos todos los araucanos, sin querer alguno dellos rendirse. Y se cuenta la navegacion que las naos del Pirú hicieron hasta llegar á Chile, y la grande tormenta que entre el rio de Maule y puerto de la Concepcion pasaron.

¿Qué cosa puede haber sin amor buena?  
¿Qué verso sin amor dará contento?  
¿Dónde jamás se ha visto rica vena  
Que no tenga de amor el nacimiento?  
No se puede llamar materia llena  
La que de amor no tiene el fundamento.  
Los contentos, los gustos, los cuidados,  
Son, si no son de amor, como pintados.

Amor de un juicio rústico y grosero  
Rompe la dura y áspera corteza,  
Produce ingenio y gusto verdadero,  
Y pone cualquier cosa en mas fineza:  
Dante, Ariosto, Petrarca y el Ibéro,  
Amor los trujo á tanta delgadeza,  
Que la lengua mas rica y mas copiosa,  
Si no trata de amor, es disgustosa.

Pues yo de amor desnudo y de ornamentos  
Con un inculto ingenio y rudo estilo,  
¿Cómo he tenido tanto atrevimiento,  
Que me ponga al rigor del crudo filo?  
Pero mi celo bueno y sano intento,  
Esto me hace á mí añadir el hilo  
Que ya con el temor cortado había,  
Pensando remediar esta osadía.

Quíselo aquí dejar, considerado  
Ser escritura larga y trabajosa,  
Por ir á la verdad tan arrimado  
Y haber de tratar siempre de una cosa:  
Que no hay tan dulce estilo y delicado,  
Ni pluma tan cortada y sonora,  
Que en un largo discurso no se estrague,  
Ni gusto que un manjar no le empalague.